

Reseñas

CÓMO ENTIENDEN EL ORDEN POLÍTICO LAS NIÑAS Y LOS NIÑOS

Medio siglo después

Gerardo Maldonado
CIDE

Rafael Segovia, *La politización del niño mexicano*, Ciudad de México, El Colegio de México, 1975, 164 pp.

Julia Isabel Flores y María Fernanda Somuano, *La socialización política de los niños en México*, Ciudad de México, El Colegio de México/Universidad Nacional Autónoma de México, 2022, 348 pp.

¿Por qué y cómo estudiar la legitimidad de un régimen político? La legitimidad, se sabe desde Max Weber, es la capacidad que tiene cualquier orden político de hacer que sus gobernados consientan como válidas y justificadas las decisiones y acciones de los gobernantes, aunque eso limite o condicione sus actividades, deseos e intereses. Así, la estabilidad, la supervivencia de cualquier régimen, depende no sólo de los recursos con que pueda ejercer su autoridad sino de la aceptación que tenga en la sociedad. Los momentos de crisis ponen en entredicho esta situación, y permiten saber si en efecto el gobierno, el régimen o todo el sistema tiene los recursos y la legitimidad para continuar con el ejercicio de dominación política sobre la sociedad. ¿Cómo estudiar la legitimidad? Entre las distintas posibilidades, una es investigar de qué manera y qué tanto el régimen hace que las personas conozcan, aprendan, internalicen y practiquen sus normas, valores, procesos o actitudes fundamentales. Esto, dicho de forma breve, es la socialización política. ¿Y qué mejor ámbito para estudiar este proceso que el momento en que las personas adquieren estos elementos: durante su infancia?

Estas inquietudes estuvieron detrás del interés de Rafael Segovia (1928-2018), después de la crisis de 1968 en México, por saber si el régimen

—incluso, si todo el sistema político— contaba o no con la legitimidad de la sociedad. El profesor Segovia, investigador del Centro de Estudios Internacionales de El Colegio de México desde 1962, se propuso analizar la legitimidad del régimen autoritario en México a partir del estudio de lo que niñas y niños pensaban sobre el ámbito político. En términos más precisos, Segovia investigó e interpretó los rasgos de la cultura política de la infancia mexicana, de los agentes y mecanismos de socialización de las normas, valores y prácticas del sistema político, por medio del diseño, recolección y análisis de los datos de una encuesta a población infantil.

Esta encuesta se realizó a finales de 1969 a una muestra de 3 mil 584 escolares mexicanos, niñas y niños entre 10 y 15 años, que estudiaban 5° y 6° grados de educación primaria y 1°, 2° y 3° grados de educación secundaria. El trabajo de campo se realizó en seis estados con distintas características socioeconómicas (Distrito Federal, Estado de México, Jalisco, Nuevo León, Oaxaca y Tabasco), tanto en escuelas públicas y privadas, como en localidades rurales y urbanas. Con esta información, el profesor Segovia escribió el libro *La politización del niño mexicano*, que publicó El Colegio de México en 1975 (con dos reimpresiones, una en 1982 y otra en 2001, que es la que leí).

El libro está desarrollado para presentar y explicar, poco a poco, los rasgos y características de la cultura política de la infancia mexicana. Luego de un prólogo y la advertencia sobre el método usado, el texto inicia con un capítulo sobre el interés por la política y otro sobre el conocimiento político. A estos le sigue un tercero donde Segovia reseña la forma en que los niños entienden la posición del presidente y sus funciones, primero, como responsable del mantenimiento del orden y, después, como creador de leyes. El cuarto capítulo se centra en las predisposiciones de participación futura de los niños, tanto en el voto como en partidos y sindicatos. El capítulo cinco relata los elementos simbólicos y constitutivos del nacionalismo mexicano, según sus infantes. El siguiente capítulo muestra cómo los niños entienden la capacidad de influencia de distintos actores e instituciones en el sistema político. El capítulo siete presenta el análisis más detallado de las actitudes políticas de niños y niñas hacia la democracia y el autoritarismo. En el último capítulo, Segovia cambia un poco el enfoque y habla sobre aspectos más sociales y económicos de la niñez mexicana.

El libro termina con las conclusiones del análisis y la interpretación de los resultados a la luz de la legitimidad del régimen. Cabe reparar que, en esta sección (pp. 146-151), Segovia desarrolló cuatro perfiles o subculturas políticas distintas, en las cuales compartimentar a las y los niños mexicanos. Inspirado por el trabajo de Almond y Verba (1963) y con base en las predisposiciones hacia la participación y las actitudes hacia el orden político, Segovia propuso cuatro estereotipos políticos de niñas y niños: el *ciudadano participativo*, el *ciudadano "sujeto"*, el *parroquial* y el *enajenado*, cada uno con características sociales, actitudinales y de valores políticos diferentes. Así, Segovia no sólo consiguió una síntesis muy bien acabada de los resultados de su estudio, también desarrolló un proyecto de análisis más fino de las particularidades y complejidades de la cultura política de los infantes a finales de la década de 1960.

Pero el libro no sólo trata sobre los rasgos de la cultura política infantil sino también de los elementos de socialización. De acuerdo con la propuesta de Segovia, los agentes socializadores más cercanos, y por lo tanto más determinantes, son la familia, la escuela, el grupo de iguales y los medios de comunicación masiva. Otros agentes más lejanos a la cotidianidad de los infantes, y en tanto menos consecuentes, son los partidos y organizaciones formales para la política. Incluso, un agente de socialización, en particular en regímenes autoritarios, es el propio Estado, que lo pretende, aunque no lo consigue del todo. Para hacer el engarce entre cultura y socialización políticas, la manera de presentar los resultados es mediante la distribución de las respuestas de los y las niñas de acuerdo con algunas características personales (edad, grado de estudio, sexo), así como de los padres y madres (en especial su ocupación), las escuelas (públicas o privadas, ubicadas en localidades rurales o urbanas), o la atención a medios de comunicación.

Hay algunos elementos críticos en el libro de Segovia que son entendibles en la época en que lo escribió. Como mucha literatura de ese momento, Segovia utilizó la conversación política como operacionalización del interés en la política, aunque desde hace unas décadas se sabe que es un acercamiento impreciso. En los cuadros no presenta los resultados totales, sólo los porcentajes relativos en distintas categorías, por lo que no se conoce la información completa. Además, no existían los parámetros y exigencias de

preservación de la evidencia empírica y la replicabilidad de los análisis. Por ello, hasta donde he podido preguntar de manera informal, la base de datos original no existe, y no se puede volver a usar para hacer más análisis multivariados, no sólo bivariados.

No obstante, *La politización del niño mexicano* es, sin duda, una obra fundacional y fundamental del estudio de la cultura política y la opinión pública en México, no sólo por el momento en el que apareció, sino por el objeto y el método de investigación. Si bien es cierto que en la década de 1940 ya había iniciado la investigación pionera de opinión pública en México con encuestas por muestreo desarrolladas por el profesor Radványi¹ y había aparecido a inicios de la década de 1960 la obra clásica sobre cultura política de los profesores Almond y Verba, *The Civic Culture*,² el libro de Segovia, como es bien reconocido, fue —y es— innovador en varios sentidos. En las décadas de 1960-1970, la mayoría contundente de la ciencia política y la sociología en México y América Latina no utilizaban métodos de investigación empíricos, de manufactura y análisis cuantitativos, con datos objetivos y confiables; ni tampoco se enfocaban en los elementos sociales de la legitimidad del régimen autoritario de aspiraciones democráticas (eran más dados a los aspectos jurídicos o filosóficos); y mucho menos se enfocaban en estudiar a niñas y niños.

Por todo lo anterior, el libro de Segovia abrió una agenda amplia de líneas y estrategias de investigación, todas vigentes. Me permito esbozar, con creatividad limitada, al menos cinco. Una —que el mismo Segovia anotó en el Prólogo— es obtener información *desde* los agentes de socialización política: primero, conocer las actitudes, normas, opiniones y preferencias políticas de la familia, en especial de los padres; de la escuela, tanto maestros como compañeros de clase; de la calle, barrio o comunidad donde vivan y

¹ Sobre este episodio original, debe leerse el artículo de Alejandro Moreno y Manuel Sánchez-Castro, “A Lost Decade? László Radványi and the Origins of Public Opinion Research in Mexico, 1941-1952”, *International Journal of Public Opinion Research*, vol. 21, núm. 1, 2009, pp 3-24.

² Gabriel Almond y Sidney Verba, *The Civic Culture: Political Attitudes and Democracy in Five Nations*, Princeton: Princeton University Press, 1963. Hay una vieja traducción al español (*La cultura cívica: Estudio sobre la participación política democrática en cinco naciones*), por José Belloch Zimmermann, publicada en 1970 por Fundación FOESSA-Euramérica de Madrid.

de los medios y redes de comunicación masiva donde se informen; y, después, a partir de ello, comprobar con precisión cómo y hasta dónde influyen en la creación, consolidación o cambio de la cultura política de las y los niños. Cabe decir que si bien esta estrategia de investigación es quizá la más fructífera, es también la más compleja y, por lo tanto, la más costosa: requiere un esfuerzo empírico inmenso para obtener datos de tantas fuentes y de una alta sofisticación estadística para estimar los efectos y mecanismos causales (estoy seguro de que la única limitación para no desarrollar esta investigación en México hasta ahora ha sido el dinero, por lo demás no veo problemas).

Otra línea de investigación, inspirada desde el principio por la obra de Almond y Verba, es preguntarse qué tanto se parece o es distinta la niñez mexicana a la de otros países. En su momento, habría sido valioso saber si las infancias británicas y estadounidenses eran tan democráticas como sus regímenes políticos o si las y los niños alemanes o italianos estaban bien socializados por los regímenes totalitarios. Pero aun ahora sería encomiable un estudio *comparativo* que permita conocer qué tanto varían las culturas políticas infantiles y los procesos de socialización primarios no sólo entre distintos regímenes políticos, también entre sistemas económicos con niveles de desarrollo variados, o entre diversas culturas, en especial entre religiones disímiles (en esto creo, de nuevo, que el límite es presupuestal, nada más).

Pero las comparaciones posibles no paran ahí, las más evidentes derivan del paso del tiempo. Así, una tercera línea de investigación sería conocer cuánto ha cambiado o se ha mantenido la cultura política de las y los niños encuestados por Segovia. ¿Qué opinan hoy esas personitas nacidas en la segunda mitad de la década de 1950? La disponibilidad actual de muchas encuestas de opinión pública a la población mexicana permitiría contrastar los datos recabados a finales de los sesenta del siglo pasado con la información actual de las y los mexicanos que tienen entre 65 y 70 años. ¿Qué seguirán pensando esos otrora infantes sobre el régimen político, sus instituciones y sus políticos? Es necesario reparar en que, si bien el acervo de encuestas es muy amplio, hay una limitante posible de la comparación: en las últimas décadas, hay avances relevantes, aunque aún en desarrollo, de la investigación de opinión pública en el diseño del fraseo más adecuado de las preguntas y de mejores métodos de recolección de información, es decir que es muy

probable que no se les haya preguntado de la misma manera que en su momento lo hizo Segovia (en cualquier caso, seamos honestos, esta investigación sería la más sencilla y menos costosa de todas. ¿Quién dijo yo?).

Con base en esto último, surge una cuarta línea de investigación: levantar ahora una encuesta que use esas preguntas y métodos más avanzados a una muestra de infancias mexicanas, que no son incluidas en los ejercicios actuales, pues se suele establecer como parámetro muestral a nacionales mayores de 18 años. Esto permitiría comparar la cultura y prácticas políticas de niñas y niños con las de grupos etarios mayores a partir de preguntas que ya se han hecho a población nacional en calidad de ciudadanía³ (esta línea de investigación también requiere su dinerito, pero podrían aprovecharse dispositivos electrónicos y redes sociales virtuales para conseguir un número suficiente de personas encuestadas que permita inferencias válidas: algo que no es imposible).

Por último, la quinta línea de investigación posible es la que, seguro, varias y varios colegas anhelamos por mucho tiempo: levantar de nuevo, décadas después, el mismo cuestionario creado por el profesor Segovia. Esto permitiría saber, por un lado, cuáles son las características actuales de la cultura y la socialización políticas de la infancia en México y, por otro, establecer cuánto coinciden o se transformaron esas actitudes, identidades, opiniones y valores políticos, así como sus fuentes y procesos de adquisición e internalización, con casi medio siglo de distancia. A diferencia de las líneas de investigación anteriores, aquí el trabajo está hecho: las profesoras Julia Isabel Flores, de la UNAM, y María Fernanda Somuano, de El Colegio de México, realizaron esa encuesta en 2017 y en 2022 publicaron el libro *La socialización política de los niños en México*, editado por ambas instituciones (debo declarar mi agrado enorme, en tanto interesado en cultura política y opinión pública, por la aparición del libro, que me permite disimular un poco mi envidia, en tanto alumno del profesor Segovia).

³ Un ejercicio similar fue realizado también por El Colegio de México hace más de una década, pero no centrado en infancias sino en juventudes. El proyecto encuestó a jóvenes entre 18 y 29 años, y a algunos adultos, personas mayores a 30 años, en los mismos hogares. La encuesta se realizó sólo en centros urbanos en el contexto de las elecciones federales de 2012. El resultado se puede conocer en Silvia Gómez Tagle (coord.), *La cultura política de los jóvenes*, Ciudad de México, El Colegio de México, 2017.

En términos generales, los objetivos de la encuesta y del libro son los mismos que los de Segovia, aunque hay algunas diferencias en el proyecto desarrollado por Flores y Somuano. Por un lado, la encuesta también se enfocó en escolares del 5° grado de primaria al 3° de secundaria; es decir, en personas entre 10 y 15 años, pero hay tres aspectos distintos. Primero, el ámbito geográfico de recolección de datos fue más amplio: se hizo en casi todos los estados del país (y no sólo en los seis realizados por Segovia), aunque a una muestra menor: mil 135 infantes. Segundo, el levantamiento sólo pudo hacerse en escuelas públicas (por razones financieras no se encuestó en escuelas privadas). Y tercero, el cuestionario se modificó un poco para actualizarlo: se hicieron nuevas preguntas sobre personas y acontecimientos contemporáneos y se añadieron algunas en temas relevantes.

Por otro lado, el libro presenta el mismo tema, pero está desarrollado de manera distinta. Mientras el texto de Segovia, como anoté antes, avanza en distintos elementos constitutivos de la cultura política de los infantes mexicanos, el libro de Flores y Somuano se estructura en dos partes. La primera, luego de la introducción, reseña algunos elementos teóricos previos sobre socialización política infantil y, después, describe los resultados generales sobre los principales agentes y procesos socializadores de niñas y niños en México. Inician con la familia, en especial la expresión y comunicación dentro del hogar con los padres; después, muestran las características de convivencia en la escuela y entre compañeros de clases; luego, está un interesante interludio sobre los elementos de formación cívica en los libros de texto gratuitos; continúan con la iglesia —un ámbito no estudiado por Segovia—, con algunos aspectos de religiosidad y valores (vistos en posturas sobre roles de género); y terminan con un capítulo sobre medios de comunicación, centrado en el uso de internet y los niveles de conocimiento político. La segunda parte del libro está dedicada a mostrar algunas características de la cultura política de las infancias mexicanas. Hay, primero, un capítulo sobre actitudes políticas (actitudes democráticas, identificación partidista de padres y eficacia política) y predisposiciones de comportamiento político (participación electoral, en partidos políticos, élites y sindicatos). A este siguen un capítulo sobre cultura de legalidad (obediencia y respeto a normas); uno más sobre confianza institucional, tolerancia hacia grupos vulnerables y, en especial, actitudes autoritarias; y uno final sobre identidad

nacional, con datos sobre héroes nacionales, acontecimientos históricos y actitudes hacia otros países. El libro termina con un apartado de conclusiones donde se resumen los hallazgos principales. En el texto de las profesoras Flores y Somuano hay de todo y para todos, si están interesados en agentes de socialización o en particularidades de la cultura política en México, desde sus infancias.

Segovia señaló que su interés era conocer la situación del sistema político mexicano a partir de la politización de sus infantes, casi medio siglo después de la instauración del régimen autoritario —diseñado por el general Plutarco Elías Calles, en el marco de la Constitución Política de 1917, con la creación de un partido político hegemónico: el Partido Nacional Revolucionario (PNR) en 1929, reconstituido en Partido de la Revolución Mexicana (PRM) por Lázaro Cárdenas en 1938 y reformado en el Partido Revolucionario Institucional (PRI) en 1946—; régimen que se puso en duda por la crisis de 1968. En esa circunstancia, es notable que Flores y Somuano recuperen el interés por la socialización política de los niños en México y, así, averiguar las condiciones del sistema político mexicano medio siglo después de la publicación del estudio de Segovia. Este nuevo libro aparece luego del inicio del reformismo electoral de la década de 1970; las crisis políticas de 1988 y 1994 que fueron escenario de la ampliación del pluralismo partidista; la transición a un régimen democrático ocurrida en 2000 con el triunfo de Vicente Fox —del derechista Partido Acción Nacional (PAN), fundado en 1939—; la acusación de fraude en 2006; las alternancias entre PAN y PRI, y en la antesala del triunfo de Andrés Manuel López Obrador —del Movimiento Regeneración Nacional (Morena)— como presidente en 2018, justo un año después del levantamiento de la encuesta.

A partir de lo anterior, vale anotar algunas similitudes y diferencias de la cultura política de niñas y niños mexicanos de 1969 y de 2017. Para no resultar pesado, sólo anotaré tres de cada una (hay bastantes otras, pero dejo lo demás a la lectura que cada persona haga de los libros). Entre las similitudes, algo que no cambió demasiado en 50 años es el nivel limitado de interés político (poco más de la mitad de niños y niñas encuestadas dijeron hablar sobre política con distintos interlocutores), y sobre todo la amplia desconfianza y desafección políticas de las infancias: hay una clara actitud de alienación y lejanía del orden político. Otra característica que se mantuvo

igual en ambas poblaciones infantiles es la posición de importancia de Benito Juárez entre los héroes nacionales y la Revolución como un acontecimiento histórico relevante: los buenos y malos de la historia se ampliaron con el tiempo, pero los campeones siguen siendo los mismos. Y un tercer rasgo similar es la jerarquía del orden y de influencia política según los niños: para la mayoría de las y los infantes del siglo pasado y de este, la figura más importante es el presidente de la República —es el actor más conocido del sistema y su función principal es la imposición y mantenimiento del orden—, a quien le sigue en relevancia el PRI. Y no es que nada haya cambiado en 50 años al respecto, pero el resultado es razonable cuando el régimen de gobierno sigue siendo presidencialista y, tanto en 1969 como 2017, ese era el partido político gobernante, lo cual le da ventaja frente a los demás (preocupaciones aparte, las y los niños ahora conocen más al PAN, el PRD y algunos a Morena).

No obstante, hay contrastes decisivos entre las dos generaciones de niños y niñas mexicanas. Uno es el cambio en la escala de valores de la identidad nacional: ahora son más importantes los derechos ciudadanos que la pertenencia patriótica a la nación, y no consideran superior esta comunidad a los individuos. Otra diferencia, en consonancia con la anterior, es que para las infancias mexicanas contemporáneas es relevante la equidad entre personas y el reconocimiento de sus derechos, en especial en los roles de género (son menos machistas y más anhelantes de la participación política de las mujeres) y la tolerancia hacia la homosexualidad y los extranjeros. Por último, una diferencia relevante, si se considera la sucesión de regímenes políticos ocurrida entre la publicación de ambos libros, es el cambio en los valores y actitudes políticas de las infancias mexicanas: mientras Segovia encontró que la mayoría de los niños y niñas tenían principalmente *actitudes autoritarias*, Flores y Somuano hallaron que la nueva generación infantil tiene una cultura política de *actitudes de transición*, aunque aún no sea por completo democrática.

La relectura del libro de Segovia y el contraste con el trabajo de Flores y Somuano me lleva a considerar un par más de líneas de investigación (ustedes disculparán). Las anoto, y con ello voy cerrando. Primero, ambos libros tratan a sus objetos de investigación como personas que pronto se convertirán en adultos, no en niños como tales. En ambos libros, el mundo

político está definido casi sólo por las características del régimen, sus actores, instituciones, procedimientos, identidades compartidas, y por los tipos de comportamientos, actitudes, valores y preferencias de los ciudadanos que vivirán en ese régimen. Detrás está la pregunta de cómo serán las y los ciudadanos del futuro próximo. También detrás está la pregunta, a partir de las respuestas, de cómo son y qué piensan los padres y las madres, sus profesores y las personas alrededor de los infantes, y qué información transmiten los medios de comunicación. Esto es muy razonable: se quiere saber si este régimen es legítimo o no y si está llevando a cabo un proceso de socialización efectivo. Pero es posible que las y los niños vivan en un mundo político distinto al definido por el régimen formal, donde hay distintas autoridades, decisiones, actividades; derechos, normas y valores; ámbitos para la obediencia y la desobediencia. Queda pendiente, creo, diseñar un cuestionario que permita conocer esa otra dimensión de la politización y la socialización de las y los niños.

Segundo, debo decir que la infancia es un objeto de investigación bastante efímero: el tiempo pasa pronto y los niños adquieren la calidad de ciudadanía —y, en consecuencia, de adultez en términos jurídicos y políticos— casi de un momento a otro, la cual mantienen por el resto de su vida. Piénsese que entre el levantamiento de las encuestas y la publicación de los libros, la mayoría de esas niñas y niños alcanzaron los 18 años y poco tiempo después tuvieron su primera oportunidad de participar en elecciones presidenciales; lo cual, como evento socializador, es muy probable que haya tenido consecuencias. En el caso de los niños encuestados por Segovia, luego de la reforma de 1970 que redujo la edad mínima para votar, su primera elección presidencial ocurrió en 1976, cuando resultó como candidato ganador José López Portillo del gobernante PRI con más de 93 por ciento del voto, sin la competencia de algún partido político de oposición. Cabe decir que ninguna elección del régimen autoritario priista había ocurrido (ni ocurrió) en estas condiciones. Vayan ustedes a imaginar lo que pensaron esos infantes. En el caso de los niños encuestados por Flores y Somuano, su primera elección presidencial fue la reciente de 2024, cuando la candidata Claudia Sheinbaum del partido gobernante Morena ganó la contienda con casi 60 por ciento de los votos. ¿Cómo habrán entendido esta elección nuestros nuevos ciudadanos? Queda esta pregunta para otra

investigación futura, con una solicitud muy razonable y concreta: es deseable repetir el ejercicio pronto y no esperar otro medio siglo.

El libro de Flores y Somuano abre con un prólogo de Soledad Loaeza, en el cual la profesora anota: “En México los niños hoy del primer tercio del siglo XXI son hijos del reformismo político, de la década de 1980, y de la democratización que puso fin a la hegemonía del PRI” (p. 15). No podría estar más de acuerdo con su valoración; en efecto, esos son los antecedentes inmediatos que podrían explicar los datos presentados en el texto. Sin embargo, me permitiré un par de adiciones. Primero, las infancias estudiadas por Flores y Somuano también son hijos —quizá, nietos— de las reformas y políticas neoliberales ejecutadas por los gobiernos mexicanos en las décadas de 1990 y 2000: los resultados de la investigación muestran esa impronta, aun en el ámbito político. Segundo, considero que la información contenida en *La socialización política de los niños en México* sugiere que la cultura política de las y los niños mexicanos corresponde a la generación posterior al fin del régimen de la transición, ya acabado, y del inicio de un nuevo régimen, el cual se está empezando a conocer.

Como anoté al inicio, la investigación de Rafael Segovia se preguntó, en el fondo, por la legitimidad del sistema político autoritario de México, después del conflicto de 1968. La conclusión del libro fue contundente: “El mantenimiento del sistema, la razón de Estado de los clásicos, no parece, en lo que se refiere al futuro inmediato, correr ningún peligro serio. La socialización, en gran parte, responde de ello” (p. 153). Y no se equivocó: el autoritarismo infantil mexicano sostuvo, entre otros aspectos, al sistema político por unas décadas más. La investigación de Flores y Somuano sirve para cuestionarse sobre la legitimidad del sistema político democrático. Su conclusión resulta bastante sugerente: “Como hace casi 50 años, México sigue teniendo una vocación democrática, pero la cultura política de niños y jóvenes sigue estando salpicada de rasgos autoritarios. Persisten algunos patrones autoritarios en la socialización política de estos, pero sí percibimos el inicio de un cambio” (p. 284). Ese cambio, según las autoras, más democrático, dependerá de las acciones que se realicen para fomentar “actitudes cívicas, empáticas, tolerantes” en niñas y niños. Aunque sin duda, como demostraron los resultados de las elecciones de 2018 y 2024, el cambio está ocurriendo.

Así, el libro de Rafael Segovia sigue siendo una obra necesaria para entender y aprender del régimen autoritario del siglo xx en México, a partir del estudio de la cultura política de sus niñas y niños. El libro de Julia Flores y Ma. Fernanda Somuano podrá ser una fuente de información útil para valorar el estado de la democracia en México y, quizá, comprender el cambio de sistema y régimen políticos del primer cuarto del siglo xxi. ❧